

EL ICEBERG DIGITAL MACHISTA: ANÁLISIS, PREVENCIÓN E INTERVENCIÓN DE LAS REALIDADES MACHISTAS DIGITALES QUE SE REPRODUCEN ENTRE LA ADOLESCENCIA DE LA CAE

Estíbaliz Linares Bahillo

RESUMEN



RESUMEN INVESTIGACIÓN

EL ICEBERG DIGITAL MACHISTA: ANÁLISIS, PREVENCIÓN E INTERVENCIÓN DE LAS REALIDADES MACHISTAS DIGITALES QUE SE REPRODUCEN ENTRE LA ADOLESCENCIA DE LA CAE

Las Tecnologías de la Relación, Información y Comunicación (TRIC) quedan inexorablemente presentes en las formas de estar, ser y hacer, y, así, las formas de información, comunicación, y relación han quedado “enganchadas” a estos instrumentos tecnológicos.

Es indudable que las TRIC han revestido de comodidades, posibilidades y avances tecnológicos, sociales, y políticos. Han permitido gestionar un mundo virtual lleno de oportunidades para el desarrollo individual y comunitario. No obstante, este desarrollo tecnológico, social y cultural, también ha traído riesgos digitales marcados por condicionamientos tradicionales provenientes del mundo “off line”, como es el caso del sistema patriarcal y cultura machista.

En otros términos, se encuentra que la natividad digital de la CAE (Comunidad Autónoma de Euskadi) convive con realidades que comprenden de arraigos y códigos culturales machistas, y que precisan de su análisis y estudio, además de su prevención. Por ello, la presente investigación explora todas estas realidades digitales, las estudia y correlaciona, y proyecta un análisis descriptivo y profundo de la situación actual de la adolescencia en Euskadi, siendo esta estudiada desde una perspectiva de género y ciberfeminismo.

En este sentido, el objetivo fundamental de esta investigación es *analizar las realidades machistas digitales que reproducen las personas adolescentes de la CAE, siendo las principales: las segunda y tercera brecha digital de género, el cibercontrol y el ciberacoso sexual y/o sexista; así como la prevención e intervención de las mismas desde el contexto educativo formal.*

Específicamente la “Segunda Brecha Digital de Género” (2BDG), sería la desigualdad entre hombres y mujeres existente en las habilidades y capacidades del uso experto de las tecnologías, que dificultan la integración de las mujeres en el mundo tecnológico. En cuanto a la “Tercera Brecha Digital de Género” (3BDG) se la entendería como las distintas formas de utilización de las TRIC según los sexos. Dicho de otro modo, se argumenta que los usos de las tecnologías vienen patronados por esquemas de género, y que estos contribuyen a que los medios tecnológicos sean utilizados según esta estereotipia, de tal modo, que ellas utilizarán las TRIC,

principalmente, para la comunicación y relación, y ellos, para la diversión, exploración y navegación, y lo que llevaría a realizar un uso más técnico por parte de los hombres.

En relación al ciberacoso sexual se comprendería como cualquier acto de carácter intimidatorio sexual que se reproduce en la Red, en su caso, el ciberacoso sexista, cualquier comentario o foto que denigra a las mujeres y que se produce vía online, por el simple hecho de serlo. De este mismo modo, detallar que el cibercontrol serían las actitudes de hipervigilancia, control y seguimiento que se dan a través de las redes sociales y plataformas digitales.

Bajo este objetivo, la investigación integra los objetivos concretos de: 1) Realizar un análisis descriptivo estadístico de las realidades machistas digitales que se reproducen de los centros educativos de la CAE; 2) Profundizar en las posibles causas y relaciones de la 2BDG y la 3BDG, y las ciberviolencias, como el cibercontrol y el ciberacoso sexual y/o sexista que se produce en el alumnado de la CAE; 3) Explorar las opiniones, estereotipos, actitudes, usos, valoraciones y percepciones de las personas adolescentes de la CAE respecto a sus vivencias en los canales digitales (videojuegos, redes sociales y YouTube); 4) Analizar las relaciones de cibercontrol que se reproducen en las relaciones hetorexuales de la natividad digital de la CAE; 5) Identificar el ciberacoso sexual y/o sexista que se dan dentro de los canales digitales, especialmente en las redes sociales; y 6) Proponer soluciones coeducativas desde el ciberfeminismo para prevenir e intervenir en las realidades machistas digitales desde el ámbito educativo formal de la CAE.

Para abarcar lo propuesto la investigación comienza con un recorrido bibliográfico fraccionado en tres bloques comunes, en los que se describe –utilizando la perspectiva de género– la situación del mundo digital de las personas adolescentes. El primero supondría “la contextualización de la investigación”, que constituye el espacio de reflexión y comprensión de los elementos esenciales para aprender y entender las realidades machistas digitales. En este sentido, la lectura de las construcciones de género y el bagaje (ciber)feminista resulta fundamental para abordar los elementos básicos para esta investigación: las identidades digitales y la adolescencia. Con el fin de abarcar cada uno de estos elementos y comprender así los hilos que sustentan el tejido de las realidades machistas, para este primer bloque se diseñan dos capítulos. En el primero de ellos se recogen las autoras y autores referentes –como Bourdieu (1999), De Beauvoir (1945), Gayle (1975) o Connell (1995)–, que nos permiten comprender los esquemas de género y el sentido de las relaciones de género construidas por el sistema sexo/género, y cómo estos se interfieren en los códigos culturales de la adolescencia. En el segundo, por su parte, se centra en la relación del feminismo con el mundo tecnológico, y plasma

la evolución histórica de las tecnologías y el feminismo, y así, realiza una exploración de nuestras antepasadas, llegando hasta el planteado tecnofeminismo.

Una vez sumergida en la exploración de los elementos intrínsecos a las realidades machistas, se complejiza el estudio teórico con un segundo bloque temático dedicado a la profundización en cada una de estas realidades. Este bloque comienza con un primer capítulo que contextualiza la 2BDG, y nos permite comprender la situación actual en la CAE y abordar las explicaciones teóricas que buscan las causas de su creación. Tras este, encontramos un segundo capítulo destinado a la comprensión de una 3BDG que continúa el mismo esquema que la anterior brecha, aunque en este sentido es conveniente resaltar que recientemente comienza a ser estudiada, por lo que su profundización y explicación teórica, en ocasiones, no está tan sustentada teóricamente como la segunda. Finalmente, se presenta un tercer capítulo, destinado a la comprensión de los riesgos digitales, el cibercontrol y el ciberacoso sexual y/o sexistas –aunque cabe precisar que la terminología es vaga en su análisis y aún no se han realizado estudios cuantiosos con el enfoque de esta investigación–.

El último bloque queda configurado por el interés de esta investigación de otorgar un lugar relevante al trabajo social, político, educativo y pedagógico en este ámbito. Por ello, se retoma el trabajo realizado desde el nivel educativo formal sobre las relaciones estudiadas y las reflexiones de distintas fuentes para prevenir e intervenir en las problemáticas planteadas.

Ello posibilita una parte empírica, en la que participan 11 institutos de la CAE con los cursos de 4º de la ESO y 1º de bachiller, sustentada en tres fases principales que se interrelacionan: I. Diagnóstico del objeto de estudio en clave cuantitativa, a través de la técnica de cuestionario cerrado (pasado a 778 alumnas y alumnos); II. Profundización en el objeto de estudio, voces e hipertexto de la natividad digital, utilizando grupos de discusión (45 alumnas y alumnos) y un foro telemático (34 participantes); y III. Intervención y prevención en el objeto de estudio (20 participantes).

Lo mencionado funciona como un engranaje metodológico que permite describir y conocer la situación, correlaciones y esquemas de realidades machistas digitales, pudiendo explorar usos, opiniones, actitudes, vivencias personales, casos de ciberacoso sexual y/o sexista... y a su vez transformar la realidad estudiada, operativizando la información y las propuestas coeducativas y ciberfeministas.

Concretamente sobre la 2BDG merece reseñar que la propia brecha comienza a detectarse y consagrarse en secundaria (en los primeros pasos de toma de decisiones). También, y en el

análisis cuantitativo y cualitativo se haya un imaginario cultural transmitido por los medios de comunicación y legitimado por el sistema capitalista, y que se impregna en la narrativa y sesgos de las personas adolescentes que han participado. Un imaginario que aleja a las chicas de los sectores informáticos, ya que este queda descrito en clave masculina y lejana a los códigos y preferencias de las chicas.

En la misma medida, se encuentra que los videojuegos se posicionan como un elemento clave en la correlación entre ambas brechas digitales. Esto es, en el análisis cuantitativo se detecta que a medida que haya una mayor cercanía y vínculo con los videojuegos, existe una correlación estrecha y una mayor tendencia a elegir carreras vinculadas con el sector informático.

Sin embargo, y se encuentra sumamente interesante incidir en que en el análisis cualitativo se detectan chicas que rompen con estos condicionamientos, y presentan posturas cercanas al mundo tecnológico, lo que les permite generar vínculos más positivos y de autoconfianza. De forma que, entre los elementos de ruptura se pueden enumerar: tener un referente informático femenino cercano, socialización basada en esquemas flexibles y haber recibido educación en igualdad.

Entorno a la 3BDG, apuntar que entre los canales más presentes de las personas que fueron encuestadas hace cuatro años, eran YouTube, redes sociales y videojuegos. Estos canales se establecían como plataforma de comunicación, relación, (in)formación, toma de referentes, y diversión. Plataformas y canales que quedan muy presentes en sus códigos culturales y vida relacional, lo que hace que dividir la vida “on-line” y “off-line” sea complicado, y requiera de una visión más compleja e híbrida.

Sobre el primer canal resulta particularmente llamativo que las y los adolescentes detallan que se ha convertido en su espacio de (in)formación y divertimento. Lo admiran como un espacio multifacético y polivalente por el que se puede traspasar una infinidad de contenido e información, sin atender a filtros, ni quedar dentro de los marcos establecidos por agencias y medios de comunicación externos. Este canal ha facilitado que se conecten mundos, y dar voz a una infinidad de personas –y, reivindicaciones- que según los códigos de la adolescencia de les denomina YouTubers.

Ello, a priori, hace reflexionar sobre la capacidad multiplicadora y subvertiva que tiene la Red en su globalidad. Esto es, si bien antes se la creación de consumo y contenido quedaba en manos de unas y nos pocos, con la Red esta hegemonía de poder ha podido fraccionar, y se han

duplicado voces y formas de pensar; de hecho, tal y como comentaba la adolescencia –aunque muy especialmente las chicas- en esta plataforma se encuentran personas que rompen y desnaturalizan elementos de coerción patriarcal, como ciberfeministas que adentran en YouTube y producen contenidos que apelan a la ruptura de normativo y a la generación de lazos de sororidad, o simplemente chicas y chicos que rompen los mandatos de género (chicas/chicos transexuales, chicos que se maquillan, chicas que juegan a videojuegos...).

Sin embargo, y si bien es cierta esta visión, esta converge con otra realidad que conviene analizar. Lo cierto es que, según el alumnado, YouTube no atiende únicamente a esos criterios de libertad y pragmatismo –aunque algunas y algunos lo practiquen-, y cuentan que 1) las y los YouTubers más conocidas y conocidos son los chicos, lo que supondría un importante sesgo androcéntrico; y 2) estos canales quedarían apadrinados por marcas e intereses capitalistas, y así, las y los que más marcas publicitarias arrastren, antes se colocan en las listas de las y los más deseados.

Además, según las voces de las personas que participaron, dentro de esta plataforma se genera una visión segregada y condicionada por los sistemas de género. De este modo, las chicas consumirían canales relacionados con la moda y belleza, y los chicos mencionan seguir canales relacionados con los videojuegos, y los que ellos denominan “humor”. Un “humor” que según las chicas que participaron en la investigación lo cuestionaban como contenido machista y sexista, ya que en estos tendían a infravalorar y menospreciar cuestiones relativas a las mujeres y feminidad.

En esta línea, se detectaba que mientras algunas chicas mostraban una visión más crítica y preferencias diversas y algunas ligadas al feminismo, los chicos, en general, mostraban un importante encorsetamiento y cierre en sus preferencias, y, por ende, en sus esquemas interiorizados. Asimismo, se detectaba que entre los chicos existía una tendencia a la normalización del machismo y sexismo, y en algunos casos, eran ellos los que realizaban comentarios machistas. Esto es, mientras que en las chicas se veía que se marcaban pasos de reivindicación, en los grupos solo se encontró a un chico con una posición más crítica y de puesta en duda de sus privilegios.

Los videojuegos también se analizaban como elemento clave para construcción de la 3BDG – inclusive la 2BDG-. Entre los más vendidos y comercializados se haya construcciones del imaginario patriarcal, como es el sexismo explícito e implícito de los videojuegos que nos mencionaban las investigaciones recogidas en el marco teórico. Esto es, los protagonistas siempre son hombres, y en el caso de que aparezca un cuerpo femenino este queda objetivado

y sobre-erotizado según los mandatos patriarcales. Asimismo, el contenido atiende a una “cultura macho” que sobre-enaltece la figura masculina como ser competitivo, violento y poco empático, describiéndose en marcos racistas, machistas, xenófobos y LGBTI+fóbicos.

Ello, según la adolescencia, ha hecho que este canal sea un espacio invasivo e incómodo para las chicas, y por ello no los utilicen, en sus comentarios se detecta rechazo, e incluso una percepción negativa de sí mismas para el uso y manejo de estos instrumentos. Sin embargo, para ellos se adecuan en el epicentro de sus relaciones, y así quedan para jugar a ellos en sus casas, o en el caso de tener –la gran mayoría- en sus “lonjas” (locales alquilados). En estos últimos espacios se considera sumamente representativo como han tenido que gestionar la presencia de este canal. En consonancia con los privilegios masculinos socialmente aceptados y pactados, los chicos posicionaban en el centro de la lonja, en este caso, “la Play”, lo que hacía que la lonja quedase gobernada por los chicos, y las chicas tuvieran que buscarse sititos pequeños de “tertulia” (como ellas mismas mencionan), esto es, se percibe como los chicos se posicionan como los agentes del espacio, y las chicas como las objetas de los márgenes, y únicamente en las reivindicaciones de ellas esta división y mandato se podría modificar.

En cuanto a las redes sociales, mencionar que entre las que más utilizan están WhatsApp, Instagram y Snapchat, siendo las favoritas las dos primeras. La primera chicas y chicos lo utilizan como su espacio de comunicación y relación con el entorno, y en cuanto la segunda, en esta sí se detectan esquemas de género interesantes a analizar.

Concretamente en las chicas se haya que Instagram es su espacio de relación y expresión de emociones. De hecho, si bien los chicos también están presentes en esta red (todos dicen que la tienen), ellas son las que se muestran más activas y protagonistas, de una red donde el simbolismo y la imagen toman presencia e importancia. Con ello, al igual que ocurría en YouTube, ciertas personas se han hecho eco de la importancia de seguir y marcar tendencias, y se han posicionado como “gurús” de la moda dentro de esta red, o lo que es lo mismo “influencers”. Así, se ha generado una imagen prototípica que ha tendido a homogeneizarse, y que ha posibilitado que se generen “deseables” entre chicas y chicos, y lo que coloquialmente la adolescencia ha denominado como “postureo”.

Esta imagen se ve patronada y modelada por: 1) los intereses capitalistas; y 2) los mandatos de género. Dicho de otro modo, mientras que las exigencias en las chicas son estar extremadamente delgada y parecer coqueta, y consumir unas determinadas marcas, en los chicos se pide ser fuertes y altos, y aparentar se duros (en su caso el consumismo se centra más en los instrumentos tecnológicos y videojuegos). De este modo, se observa que la sobre-

exigencia de seguir ciertos estándares ideales, especialmente en lo que concierne al cuerpo, queda integrado en los imaginarios de las chicas, y así, los cuerpos femeninos se convierten en el epicentro de las violencias machistas. Las jóvenes construyen la autopercepción de su cuerpo a través de la mirada ajena, y es modelado a “golpe de Photoshop”. Son incapaces de desprenderse del peso de los cánones opresores que culturalmente se han impuesto desde canales diversos.

La auto-objetivización y a necesidad de las miradas externas las llevan a percibirse como enemigas entre ellas. Por lo que se concreta que otro de los mecanismos patriarcales muy arraigados en las chicas entrevistadas es la rivalidad femenina. En sus discursos se detecta un deseo por generar lazos más fuertes entre mujeres. Sin embargo, la rivalidad es un mecanismo que está tan impregnado que construye muros altos entre ellas, siendo incapaces de situarse en el lugar de la otra y verse igual a ella.

En este sentido, y vinculadas a aquellas creencias y estereotipos de género, una de las construcciones más remarcadas tanto en el discurso de las chicas, como en el discurso de los chicos, es la construcción de la “mala mujer”. Se analiza que aquellas chicas muestran sus cuerpos y rompen con el mandato femenino de “ser deseablemente coqueta” quedan estigmatizadas, y reciben insultos sexistas como “puta, zorra, guarra...” Asimismo, sus cuerpos se convierten en objetos de crítica y en ellos se trazan formas concretas de generar esa asimetría cultural. De hecho, ellas y ellos cuentan que las chicas son más insultadas por su aspecto físico, que los chicos. Esto es la corporalidad femenina es territorio de violencia, y hace que ellas convivan con mucha inseguridad, y cierta contradicción, ya que como ellas y ellos mismos relatan que en su contexto, y en la Red, hay una significativa hipersexualización y objetivización de la corporalidad femenina (mensajes, carteles, anuncios... publicitarios donde se erotiza el cuerpo femenino). Aprenden a sentirse objetos, y no ser agentes.

Este imaginario descrito ha supuesto un escenario proclive para la reproducción conceptualizado como ciberacoso sexual y sexista. Como se decía, ellas reciben insultos sexistas por mostrar sus cuerpos y comentarios despectivos sobre sus cuerpos (efectivamente, esa centralidad de la corporalidad femenina como eje de opresión). Estos insultos como ellas mismas cuentan pueden darse desde canales muy diversos, desde Instagram, Twitter, Snapchat, hasta la plataforma Ask.

En cuanto a las situaciones concretas de los Ciberacosos sexuales, se constata que de los 9 institutos que participaron en 8 se ha dado una situación de estas características. La adolescencia que participó relata que se da de forma frecuente entre los grupos de WhatsApp

se traspasan fotos de chicas desnudas o casi-desnudas, a veces son de chicas de su entorno (como ha sucedido en sus institutos), y otras son fotos que se traspasan de pantalla. El hecho es que una vez difundidas estas fotos las chicas que aparecen en las fotos quedan condenadas desde ese prisma de “mala mujer” y se objetivizan sus cuerpos, lo que conlleva a que además de difundir las fotos/videos (en la mayoría de los casos sin consentimiento de las chicas), se las (Ciber)acosa sexual y sexistamente, denigrándolas y generándolas espacios de intimidación sexual.

Cualquier chica que se salga de los cánones establecidos en su relación con la sexualidad queda estigmatizada. Las nativas digitales aún conviven en un contexto en el que su sexualidad es robada y encarcelada, y en el caso de ser expuesta, el halo patriarcal y machista actúa con patrones opresivos como es, en este caso, la ciberviolencia sexista y sexual. Así, se consigue mantener el orden social, incluso en un universo que aparentemente se caracteriza por el caos, y no atiende a coordenadas y parámetros precisos.

De esta forma, la construcción de “mala mujer” tiene una carga tan potente que muy pocas y pocos son capaces de empatizar con esta situación. Se concluye, de tal modo, que no existe una responsabilidad, ni una visión holística del problema, y se responsabiliza a la que en la cadena de interacciones queda en una situación de mayor vulnerabilidad y debilidad. Mientras que los chicos analizan estos sucesos desde la lejanía, pero a su vez, las ven como objetos eróticos –tal y como han aprendido a hacer–, en las chicas existe una tendencia a poner barreras divisorias entre ellas y “las otras” (las malas). Se comprenden como víctimas, y se (auto)imponen a las demás un “cuidado” de su sexualidad. Ello, en definitiva, nos dibuja jerarquías, por lo que jugamos con esa interconexión pasado-presente; realidad offline- realidad online.

En la gestión de sus relaciones a través de las redes sociales también se encuentran prácticas que quedan estrechamente ligadas con los esquemas de género y mensajes basados en la cultura patriarcal, como ocurre con los patrones de “ligoteo” –basados en los parámetros de chico-activo/chica-pasiva– o el cibercontrol. A través de las voces de las chicas se ha podido comprobar cómo las jóvenes viven sus relaciones desde la dependencia y la inseguridad. Los chicos, en cambio, aportan una importancia relativa a la relación de pareja y no se detienen en este aspecto. Por lo que, se reconoce que las chicas de la pasada investigación han sido socializadas y envueltas en mensajes de dependencia –que permean su autopercepción, y su autovaloración–, y en creencias y mitos que las predisponen a generar un ideal de “amor” hermético, dependiente y ansioso.

En este sistema patriarcal y machista que se desenvuelve en la Red, coexiste violencias machistas como la ejercida contra las personas con orientaciones sexuales distintas a la heterosexual o identidades sexuales que difieren de lo impuesto desde la heteronormatividad. Aunque de manera breve, en la pasada investigación se encuentra que, a través de canales muy diversos como YouTube, Instagram, o la mencionada Ask, el colectivo LGTBI+ tiene que hacer frente a un sinnúmero de formas de agresión e insultos dentro de la Red. La adolescencia relataba, inclusive, que aquellas personas YouTubers que se mostrasen desde los mandatos no-normativos patriarcales quedaban condenadas al estigma social. Aunque partiendo que desde sus prismas era parte del riesgo de la exposición, la adolescencia normalizaba estas formas de agresión LGTBI+fóbicas con la palabra haters (personas que legitiman y proyectan un discurso de odio dentro de la Red).

Otro de los factores trascendentes que se analizaron es la relación de la educación formal e informal en la construcción o, según el caso, en la prevención y combate de las realidades estudiadas. Ambos ámbitos muestran realidades que requieren de una mayor profundización (de ahí que se requiera de la continuidad de estas investigaciones), entre los aspectos más representativos se encuentra que la adolescencia describe una situación de orfandad digital, es decir, ellas y ellos solos han aprendido a manejar y gestionar los canales previamente mencionados, y figuran un mundo en donde sus referentes adultos no se encuentran. Concretamente, sobre el contexto familiar les perciben distantes y “torpes” en los usos de las tecnologías, tanto que creen que ante una situación de Ciberacoso creen que sus familiares no serían las personas más idóneas para pedir ayuda.

Sobre el contexto la educación formal se proyecta un panorama sumamente lejano a su vida online. Los canales quedan totalmente excluidos, y no encuentran espacios para trabajar las emociones y las relaciones, sintiendo que el sistema educativo no forma parte de la educación en valores. Asimismo, muestran una marcada distancia con su profesorado, y en todos los grupos se detecta una notoria desconfianza hacia estos referentes. Tanto es así que en todos los cursos refieren a que les costaría o no pedirían ayuda al profesorado. Junto con ello, se detecta, además, una falta de integración de los asuntos de igualdad y de género. En solo dos institutos se han trabajado temas relacionados con el cuestionamiento de género y los feminismos, y ninguno que integren esta perspectiva en el trabajo de la vida en Red. La formación digital en valores y la coeducación quedan sujeta a la arbitrariedad y voluntariedad, y la transversalización de ambos elementos es prácticamente inexistente.

No pasa desapercibido que aquellas chicas –y algunos chicos– que han recibido y han trabajado de forma transversal y continuada con la perspectiva de género, son capaces de articular discursos más críticos y de cuestionar los estereotipos de género. Lo que les ha permitido no limitarse únicamente al discurso “deseable e igualitario”, e integrar actitudes y comportamientos más críticos e igualitarios.

Notoriamente, es preciso apuntar la incidencia tan positiva que tiene el feminismo como pedagogía y como motor de cambio, ya que las chicas que se autodefinen como “feministas”, mantienen no solo un discurso crítico, sino que también unas actitudes reivindicativas y se convierten en gestoras de cambios digitales (como es el caso de aquellas que denuncian las actitudes machistas y homófobas que se producen en la Red).

No obstante, se asume que los discursos de los chicos aún se posicionan desde la lejanía al feminismo y la transformación social. Los chicos han sido educados en estructuras más fijas y herméticas, que las chicas, condicionados por la posición superior otorgada a su rol masculino. Esta posición les aleja de perspectivas y discursos más transgresores, e incluso los cuestionan, promoviendo una mayor desigualdad. Pero lo cierto es que, sus discursos denotan que ellos también quedan sometidos a los patrones de género que les obligan a exhibir constantemente su virilidad y fortaleza.